

POSTULADOS FUNDAMENTALES DEL ESPIRITISMO

25 – 1 – 1.998

El ser humano ha buscado la explicación del mundo que lo rodea y de su propia existencia desde que tomó conciencia de su individualidad. En su estado más primitivo sintió el temor por la naturaleza que, muchas veces, se le presentaba indomable, algunas veces agresiva y siempre incomprensible.

A medida que pasó el tiempo, todo fue cambiando, transformándose, siempre en una continua evolución.

Los diferentes grupos humanos generaron distintas corrientes de pensamiento e interpretaron su entorno y los fenómenos que observaban, según sus propias capacidades, llegando a muy diversas convicciones.

La realidad seguía siendo única, inexorable y consecuencia de leyes sabias, exactas y permanentes. Los sentidos físicos permitían apreciar parcialmente su cumplimiento, desde lo infinitamente pequeño hasta lo inconmensurablemente grande, pero la vida continuaba siendo un profundo misterio.

La presencia de un poder superior se hacía evidente, la intuición de una sobrevivencia más allá de la muerte física estaba profundamente arraigada en el fondo del pensamiento, y la percepción de una influencia extracorpórea era parte de las historias de todos los pueblos.

Se daban explicaciones filosóficas o religiosas; muchos se destacaron y fueron respetados por la agudeza de sus pensamientos, que frente al hombre común se convirtieron en sabios, maestros, iluminados y líderes.

Por otra parte, fueron sustentándose las supersticiones o los dogmas nacidos de la ignorancia, y de aquellos que se aprovechaban de la debilidad popular, y ejercían la opresión de las masas.

Mientras tanto, la ley de la evolución se iba cumpliendo lenta y continuamente.

El mundo entero se iba transformando, escribiendo la historia de la humanidad.

En el siglo XIX, las culturas humanas se encontraban netamente divididas en un pensamiento oriental y otro occidental; entendiéndose por este último el alcanzado por la civilización que se había desarrollado en Europa y que había trascendido hacia sus colonias, sobre todo las establecidas en América.

El estudio científico basado en la observación y la experimentación estaba en su apogeo y se multiplicaban las especialidades que intentaban desentrañar los misterios del Universo.

Después de un largo proceso de aprendizaje se comenzaba a explorar las entrañas de la tierra, a desenterrar ciudades enteras que habían permanecido dormidas y mudas, a examinar el cielo que ya no se interpretaba como una bóveda sino como un espacio infinito poblado de cuerpos celestes, a investigar los fenómenos naturales, a establecer la existencia de algunas leyes que los regían, y a entender como funcionaba el cuerpo humano, el organismo animal y vegetal.

Pero también se entendía que el descubrimiento de las realidades físicas no era suficiente; había mucho más que aquello palpable, observable y mensurable. Los estudiosos intentaban explicar la mente humana, el pensamiento, el sentimiento y todos los fenómenos que siempre se habían producido y que se escapaban del examen en el laboratorio.

Frente a esa dificultad, muchos se inclinaron a entender que sólo el mundo físico era el real y que la materia, tal como era entendida entonces, formaba una enorme máquina perfecta en su funcionamiento. Que su significado era

simplemente existir por alguna condición fortuita y tal vez, desaparecer de la misma manera que había iniciado su mecanismo.

Por otra parte, muchos interpretaban que todo lo existente había sido creado con una finalidad ulterior, y que bajo la capa material existía otro mundo invisible que prometía una vida distinta, que llamaban “vida espiritual”.

Las diferentes interpretaciones habían dado forma a organizaciones religiosas, que se dividieron y multiplicaron, como consecuencia de los diferentes criterios, y muchas veces, de los intereses personales por el poder.

Muchas de estas escuelas filosóficas y religiosas se habían fundado en mensajes reveladores recibidos de seres que decían no vivir en el mundo material, y a veces, aquellos que las habían recibido interpretaban que era el mismo Ser Superior creador de todo lo existente, quien hablaba.

Hacia mediados del siglo XIX, en los Estados Unidos de Norteamérica, país que se destacaba por el desarrollo de las ciencias y de los avances en todos los campos, la población comenzó a ser sorprendida por la divulgación de fenómenos inexplicables, que se producían en diferentes poblaciones. Ruidos, golpes, movimientos de objetos y mesas que giraban y se sacudían.

Nadie pensaba entonces, en las mesas giratorias que hacía muchos siglos había mencionado Tertuliano, el famoso doctor de la Iglesia, nacido en Cartago en el año 160, quien a causa de sus escritos había sido declarado hereje.

Las personas que manifestaban tener percepciones fuera de los sentidos físicos, eran considerados por algunos, como locos, charlatanes o desequilibrados, mientras otros defendían su honradez y aceptaban completamente la veracidad de las manifestaciones que atribuían a seres espirituales.

El movimiento que se generó a raíz de los fenómenos era tan notable que se hizo necesaria una investigación que fue llevada a cabo por una comisión de notables designada por el Congreso. Su veredicto fue sumamente sorprendente: todo lo que se decía era verdadero, aunque no podían explicar la causa de los fenómenos.

Algunos de esos sensitivos se destacaron por la trascendencia de los mensajes recibidos a través de ellos. Entre ellos un joven llamado Andrew Jackson Davis, quien con la ayuda de un médico, el doctor Lyon, y el sacerdote P. Fishbourg, escribió un libro titulado “Los principios de la naturaleza, sus manifestaciones divinas y una voz de la humanidad”, que contenía una exhaustiva enseñanza espiritual y su correspondiente filosofía que debía servir para el bienestar de la humanidad.

La sorpresa mayor se produjo cuando se sostuvo que los conceptos vertidos en el trabajo habían sido dictados por entidades espirituales, y Andrew sólo se limitaba a repetirlos.

Más tarde, escribió de la misma manera: “Filosofía del trato con los espíritus”, donde se daba información sobre las relaciones con esos seres intangibles. Ellos revelaban que habían intentado la comunicación en muchos lugares, hasta que se dieron las condiciones necesarias y lo lograron atrayendo la atención de muchas personas.

En una casa del pequeño pueblo de Hydesville, en el Estado de Nueva York, se había producido también un fenómeno similar, del que era protagonista la familia Fox, sobre todo las hijas, que para el momento, en el año 1.848, eran dos adolescentes. Los golpes percibidos en la casa donde habitaban, que tenía

fama de embrujada, demostraron tener una causa inteligente, y transmitir mensajes coherentes.

Si no fue trascendente por la intención del espíritu que lo provocaba, ya que sólo deseaba llamar la atención para que encontraran sus restos, lo fue por la repercusión que tuvo en la población.

La Iglesia Bautista, a la que los miembros de la familia Fox eran adeptos, los expulsó por difundir esas versiones, y el hecho adquirió proporciones casi escandalosas. Pero esto provocó el interés de curiosos e investigadores, hasta tal punto, que desearon estudiar los fenómenos con la participación de las niñas. Estas se prestaron a colaborar y finalmente fueron enviadas a Europa para que científicos de renombre y prestigio las examinaran y llegaran a una conclusión cierta.

En el Viejo Continente tuvo también marcada repercusión y los fenómenos comenzaron a multiplicarse. Los sensitivos eran invitados infaltables en las reuniones sociales, que invariablemente finalizaban con una sesión de mesas giratorias y parlantes. Pasado el tiempo, los sensitivos empezaron a manifestar diferentes formas de sensibilidad, que les permitían recibir mensajes de seres que estaban en otro plano de vida diferente al plano físico corporal.

Esto sucedió durante mucho tiempo, pero no dejaba de ser un pasatiempo, y del hecho nadie sacaba conclusiones importantes, aún cuando había llegado a los círculos académicos.

Transcurrieron seis años. En 1.854, el profesor Denizard Rivail, catedrático de la Sorbona, en Francia, con la colaboración de un magnetizador de apellido Portier, estudiaba el magnetismo animal, que el doctor Mesmer había descrito y experimentado en siglo antes.

Amigos comunes le mencionaron los fenómenos de las mesas giratorias, pero el profesor Rivail reaccionó con el escepticismo común a los científicos de entonces. Ante la insistencia de personas que gozaban de todo su respeto y aprecio, aceptó presenciar una sesión de mesas giratorias y parlantes.

Confesaba más tarde, que todas las pruebas que había realizado para comprobar la veracidad de los hechos habían quedado satisfechas y que, con estupor, no acertaba a dar con una explicación lógica.

Su formación rigurosamente científica y su curiosidad de investigador lo condujo, entonces, a proponerse un estudio profundo y sistemático. Observó, comparó, elaboró deducciones y, por último, sacó conclusiones. Buscó la causa examinando los efectos.

Por otra parte, ordenó las respuestas contenidas en varios cuadernos que sus amigos conservaban como fruto de muchas sesiones realizadas por ellos.

Al principio no encontraba una utilidad en los mensajes, pero no tardó en comprender que en la ligereza de la diversión podía esconderse una verdad muy trascendental.

Decidió entonces, emprender un trabajo metódico, elaboró preguntas sistemáticamente, investigando sobre filosofía, psicología y la naturaleza del mundo. Clasificó y agrupó las respuestas, desechando las ambiguas o poco claras y las contradicciones.

El resultado fue una doctrina coherente y lógica, que satisfacía su instrucción personal. Al comprender la utilidad que podía tener para el conocimiento de todos, decidió publicar sus resultados en una libro que llamó "El libro de los espíritus", y que firmó con el pseudónimo de Allan Kardec.

El profesor Rivail se declaraba “obrero” en la realización de ese trabajo, ya que era el fruto de los conceptos transmitidos por seres espirituales que habían conseguido comunicarse a través de personas sensitivas que les servían de transmisores.

A este cuerpo de conocimientos lo denominó Espiritismo. Explicaba las leyes universales, la existencia de los espíritus, su origen, su naturaleza y su destino; su relación con el mundo corporal y las consecuencias morales que se desprenden de esta realidad.

El Espiritismo no descubrió ni inventó los espíritus. Estos no son más que las almas de los seres humanos que en todos los tiempos se han manifestado.

Kardec no estableció leyes como producto de especulaciones filosóficas, sino como resultado de las enseñanzas recibidas por las entidades espirituales, que por otra parte, no eran nuevas, pero que en cada época habían sido interpretadas según el grado de desarrollo intelectual que los seres humanos habían conseguido.

Los postulados que la doctrina presentaba eran los establecidos en el Universo como verdades y podían resumirse así:

1. Existencia de Dios, creador del Universo.
2. Pre-existencia y sobrevivencia del espíritu.
3. Progreso del espíritu por medio de la reencarnación.
4. Pluralidad de mundos habitados en el Universo.
5. Interrelación del plano físico con el plano espiritual por medio de la mediumnidad.

Existencia de Dios

El concepto de un Ser Creador se encuentra en todos los pueblos, desde el estado más primitivo. Con el desarrollo intelectual de la humanidad, la idea de un Poder Superior que sólo provocaba temor se fue transformando. En cada civilización se veía a Dios de acuerdo a lo que se esperaba de Él.

Indudablemente fue regla común encontrar en el Ser Divino los atributos buenos y malos que se observaban en los seres humanos. Así, se temió a su ira, a su castigo y a su venganza; mientras, por otra parte, se lo halagaba para conseguir sus favores, apelando a su bondad y gratificación.

Con el pasar de los siglos, mucho fue lo que los filósofos y pensadores dijeron en relación a la existencia de Dios. La limitación fundamental era la incapacidad de entender su existencia, aunque la prueba de la misma se encuentra en el axioma de que “no hay efecto sin causa”.

Buscando entonces, la causa de todo lo que no ha sido hecho por el ser humano, la respuesta es razonable: la existencia de un Creador, de la Energía y la Voluntad Suprema.

El hombre no puede aún comprender la naturaleza de ese Principio, le falta recorrer un infinito camino de aprendizaje, progreso y perfeccionamiento.

Cuando Allan Kardec preguntó a los espíritus: ¿Qué es Dios?, con el fin de poder entender su naturaleza, la respuesta fue:

“Dios existe, no podéis dudarle, y esto es lo esencial. Creedme, no paséis más allá, no os extraviéis en un laberinto del que no podrías salir. Esto no os haría mejores, sino quizás, un poco más orgullosos, porque creeríais saber mucho no sabiendo nada, en realidad. Dejad, pues, a un lado todos esos sistemas,

porque demasiadas cosas tenéis que directamente os incumbe, empezando por vosotros mismos. Estudiad vuestras propias imperfecciones, a fin de emanciparos de ellas, y más útil os será que querer penetrar lo impenetrable”.

Con nuestro intelecto sumamente limitado podemos entender que Dios es eterno, no fue creado, porque de lo contrario alguien superior lo hubiera hecho y siempre llegaríamos a una causa anterior, por lo que deducimos, también que es único.

Es inmutable porque de lo contrario las leyes que rigen el Universo no tendrían estabilidad.

Su naturaleza nos es desconocida, aunque podemos apreciar que difiere de lo que llamamos materia, porque no está sujeta a sus variaciones y transformaciones.

Tiene poder soberano porque de lo contrario habría algo tan poderoso o más poderoso que Él.

Es justo y bueno como lo demuestra la sabiduría de sus leyes y la perfección de su obra.

Somos capaces de apreciar una mínima parte de esa obra en el Universo, que fuimos descubriendo con muchas dificultades, a través de los siglos, y que se abre en un panorama infinito para explorar. Somos parte de la misma y, en consecuencia, también somos elementos de investigación.

Camilo Flammarion, en su estupenda obra titulada “Dios en la naturaleza” expone su idea del ser Supremo adquirida por el examen y el análisis de los fenómenos naturales.

Preexistencia y sobrevivencia del espíritu

Los espíritus fueron creados sencillos e ignorantes, como materia prima que pudiera lograr su perfeccionamiento.

La forma de creación y su origen nos son desconocidos; se mantienen al principio como en una forma de infancia, sin conciencia de su existencia, ni voluntad; todos tienen la misma aptitud para todo, como lógica consecuencia de la justicia de su Creador.

El espíritu es el principio inteligente del Universo, aunque no es sinónimo de inteligencia, sino que ésta es un atributo que el espíritu tiene. Es inmaterial, considerando el concepto que tenemos de la materia, aunque su naturaleza, que llamamos fluidica, es desconocida por nosotros.

Con los últimos adelantos de la física, sustentados en los importantísimos trabajos de Einstein, se concibe, que el espíritu es una forma de energía aún no individualizada.

Kardec obtuvo la información de que el espíritu está envuelto en una capa fluidita, etérea, imponderable, que constituye su nexo con el cuerpo orgánico, adoptando la forma del cuerpo humano, conocida como periespíritu.

Éste es inseparable del espíritu porque es parte integrante del mismo. Es el instrumento imprescindible para lograr la encarnación y en el plano espiritual conserva la individualidad del espíritu desencarnado.

Esta estructura tiene su origen en la energía universal y, a través de los discos energéticos conocidos desde la antigüedad con el nombre de *chakras*, funcionando como transductores, está en continuo recambio, recibiendo y entregando energía.

El periespíritu está formado por una sucesión de múltiples capas con diferente patrón de vibración, encontrando la más baja frecuencia y amplitud cerca de la materia orgánica, y la más alta cerca al centro espiritual.

El periespíritu se conecta molécula a molécula con la materia orgánica desde el momento de la encarnación hasta la muerte física, ejerciendo su facultad de flexibilidad.

Durante el período de encarnación no está encerrado en el cuerpo como en una caja, la energía se expande alrededor del cuerpo formando un halo luminoso, más o menos extendido, con brillantez y color variable según el estado espiritual, que se conoce con el nombre de aura.

A través del periespíritu, el espíritu encarnado recibe todas las informaciones del organismo y también el pensamiento transmite las órdenes que desea que el cuerpo ejecute.

La apariencia del periespíritu no es inmutable, cambia según el grado de evolución alcanzada y manifiesta la calidad de pensamientos del espíritu, que la modifica ejerciendo su facultad de ideoplastia.

Desde su creación, el espíritu comienza su trabajo de evolución y progreso, y a medida que crecen sus ideas, se va desarrollando el libre arbitrio.

El Universo está regido por leyes y cuando el espíritu no las observa o las contraría recibe las consecuencias de su desvío. Esto hace deducir que el mal no fue creado y aparece por la contravención de las leyes establecidas.

Las experiencias que el espíritu obtiene de ello lo llevan a perfeccionarse paulatinamente con su propio esfuerzo, siendo así, un medio de desarrollo y aprendizaje. El espíritu existe entonces, antes de encarnar y sigue existiendo después de dejar el cuerpo físico, en la dimensión o mundo espiritual.

Todo lo actuado durante su estado encarnado es útil para el desenvolvimiento del Universo. Con su trabajo colabora con el desarrollo general, mientras es necesario para su propio progreso.

Las condiciones de encarnación serán variables según el propósito deseado. Algunas para corregir faltas y defectos, otras como una misión voluntariamente aceptada para ayudar a otros y enriquecer los propios atributos. En cada existencia corporal, el espíritu llevará a cabo una labor apropiada a su grado de desarrollo. Su éxito en el cumplimiento de la misma le permitirá obtener el mérito que lo eleve.

La vida espiritual es el estado normal, la vida corporal es transitoria y pasajera.

Progreso a través de la reencarnación

Este progreso lo logra por medio de infinitas oportunidades representadas por diferentes encarnaciones, formando en cada una de ellas un nuevo cuerpo físico que le sirve de instrumento para el trabajo planeado con miras a su evolución y progreso.

Las evidencias que se encuentran en la historia de los pueblos, demuestran claramente, que desde épocas remotas, los seres humanos tenían la creencia de la reencarnación. Es aceptada, según las estadísticas, por millones de personas pertenecientes a las culturas orientales, y estuvo vigente en los pueblos de las antiguas civilizaciones de los territorios europeos, tanto en los atrasados como en los avanzados.

El cristianismo primitivo lo tenía entre sus creencias, luego en concilios de la Iglesia Católica Romana se modificó el concepto estableciendo el dogma de la resurrección y de una sola vida terrenal, durante la cual queda determinado el

destino del espíritu para toda la eternidad, mereciendo el premio o el castigo. Sin embargo, los padres de la iglesia y muchos que fueron declarados herejes por sus ideas, afirmaban como verdadera la doctrina de la reencarnación.

En la actualidad las estadísticas realizadas en el mundo occidental son reveladoras de que, aún los que se llaman a sí mismos católicos o cristianos están convencidos de que la reencarnación es parte del destino humano.

Esta enseñanza ha sido refrendada por los espíritus, quienes han relatado sus propias experiencias en diferentes encarnaciones y sus sentimientos en el tiempo previo a una nueva encarnación.

Después de la muerte orgánica el espíritu vuelve al mundo espiritual y se dice que está errante. En este estado permanece un tiempo indeterminado. Puede encontrarse feliz o no, dependiendo de la conciencia que haya adquirido de su situación y condiciones. Puede percibir los errores cometidos durante su encarnación y afligirse por ellos, puede persistir en ellos anclado en la equivocación. Estará en condiciones de sentir satisfacción o insatisfacción. Logrará percibir la luz del pensamiento esclarecido o la oscuridad de la ignorancia.

Se sentirá acompañado por seres que desean ayudarlo a discernir las causas que pudieron retardar su adelanto, y también podrá aprender y progresar. Pero esto dependerá de su decisión y disposición para aclarar sus pensamientos, cambiar sus sentimientos y ejercitar su voluntad hacia lo positivo. Podrá tomar resoluciones por sí mismo, si ya tiene suficiente capacidad para decidir las pruebas apropiadas para su propio progreso, las cuales deberá cumplir en una nueva encarnación. De lo contrario, si aún no tiene esa posibilidad, deberá dejarse guiar dócilmente, por espíritus que tienen esa misión dentro de sus labores, hacia una vida corporal que le sea útil.

De esta manera, el espíritu va alcanzando nuevos conocimientos, purificando sus sentimientos y fortaleciendo su voluntad a través de innumerables oportunidades representadas en múltiples vidas orgánicas cumpliendo distintos roles y trabajos.

Éstas se van enlazando, aunque cambia la posición anterior. Las adquisiciones no se pierden, sino más bien se acumulan y quedan en lo más profundo del ser, como un patrimonio obtenido a través de duras jornadas de labor. Platón, con su extraordinaria intuición decía que “aprender es recordar”, al referirse a las aptitudes innatas que todos tenemos al nacer a una nueva vida encarnada.

Una vez más se pone de manifiesto la justicia que rige el Universo, ya que ninguno de los atributos de los seres humanos, le han sido otorgados por una gracia especial, sino por sus propios méritos obtenidos con el trabajo individual. Por otra parte, nos permite entender que aquello que muchas veces nos parece muy malo o inconveniente para nosotros, puede ser el instrumento necesario para nuestro progreso.

Lo mismo podemos aplicar a la consideración del tiempo y el lugar de la vida encarnada. Las diferencias, a veces, con tan enormemente marcadas, que no se podría justificar las desigualdades de oportunidad que crearía.

Pluralidad de mundos habitados

El Universo está en constante evolución; se puede considerar un proceso dinámico donde ninguno de sus elementos permanece estático. La ciencia no duda que desde lo microscópico hasta lo que puede observarse con potentes

telescopios, se transforma y cambia segundo a segundo, y a través de los siglos.

La evolución es una regla común a todo lo creado. Evolucionan los astros. Nacen y mueren estrellas, se descubren los llamados “agujeros negros”, donde la materia y la energía llegan a la extrema contracción. El infinito impenetrable, poblado de estrellas, planetas y otros cuerpos celestes, muestran un universo en expansión y constante transformación.

Nuestros telescopios más potentes se asoman tímidamente al borde de un Universo infinito. Ese número inconmensurable de cuerpos y el tamaño de muchos de ellos, que hace aparecer a nuestro planeta como un insignificante grano de polvo, nos muestra a las claras que la Tierra no puede ser el único habitado por seres vivos y que la vida no puede ser un accidente excepcional porque es una constante universal.

La ignorancia acompañada del orgullo y la vanidad llevó a pensar que la Tierra era el centro del Universo. Recordemos que llevó a la muerte a muchos de aquellos que se atrevieron a opinar lo contrario.

Los pensadores de los siglos XVIII y XIX expusieron sus teorías sobre la evolución de los seres vivos, y después de férreas resistencias, a veces feroces, hasta las posiciones más recalcitrantes tuvieron que ceder ante la evidencia.

Kardec sustentó en su obra la tesis evolucionista apoyado por la asesoría de Ios espíritus elevados o guías, que lo indujeron y ayudaron a elaborarla. Cuando les preguntó donde cumple el espíritu su primera etapa evolutiva análoga a la infancia de la vida corporal, la respuesta fue:

“En una serie de existencias que anteceden al período que llamáis humanidad”. La vida, como la conocemos en nuestro planeta está en constante cambio equilibrado. El ser humano, guiado por su ignorancia, es quien rompe muchas veces, el equilibrio; pero a medida que evoluciona comienza a tener conciencia de la gravedad que significa romper el equilibrio ecológico del sistema.

Así, la materia evoluciona, los seres vivos lo hacen, las sociedades, todo, sigue un camino de transformación incesante. ¿Sería sensato pensar que sólo el espíritu no cumple esa ley?

La respuesta es indudable: la evolución lleva al desarrollo activo del ser humano como individuo y a grupos de ellos como sociedad, tanto desde el punto de vista material como del espiritual. Ambos aspectos están íntimamente ligados y el proceso evolutivo se manifiesta en ambos elementos.

En los inicios de la evolución planetaria, el principio espiritual era solamente la fuerza que asocia y une las moléculas del ser. Luego, adquirió los caracteres de la vida y exploró nuevas formas de manifestación.

Más tarde, presentó esbozos de razonamiento en su expresión como homínido. En éste surgieron las primeras ideas y adquirió conciencia de individualidad. El pensamiento comenzó entonces, a convertirse en el instrumento que elabora las características del ser humano. La comunicación verbal, escrita e instrumental lo llevó a asociarse, y más adelante, por etapas, las sociedades humanas se conectaron entre sí.

Es lógico pensar que las condiciones de existencia de los seres que habitan en los diferentes mundos serán adecuadas al medio en que viven.

Conocemos la materia a través de nuestros sentidos físicos y más allá de ellos en las dimensiones que hemos podido ampliar a través de los adelantos tecnológicos. Estos han permitido apreciar desde lo microscópico a lo

macroscópico, pero estamos conscientes de que aún es infinitamente extenso lo que debemos descubrir.

Esa materia que conforman a todos los seres se encontrará en los diferentes mundos de acuerdo a las características de cada uno de ellos, de tal forma que sirva de instrumento adecuado.

El periespíritu de los seres que encarnen allí tendrán los atributos vibratorios que sean aptos para adaptarse energéticamente a la materia física disponible. De esa manera, los seres menos evolucionados y menos fluídicos encarnan en mundos de naturaleza aún pesada y tosca, mientras que los espíritus adelantados en la perfección de sus atributos encontrarán apropiada la encarnación en cuerpos más sutiles.

Por consiguiente, en el infinito camino de evolución y progreso, el periespíritu irá desprendiéndose cada vez más de la materia no fluídica hasta desembarazarse totalmente de la misma y convertirse en un espíritu puro que ya no necesite encarnar nuevamente.

En nuestro estado actual de evolución, esa posibilidad sólo podemos imaginarla y anhelarla, ya que la Tierra es uno de los planetas atrasados en el que los seres viven con las tribulaciones de la vida material, aunque existen otros mundos en un grado aún inferior.

Los seres que logran superar sus defectos y adquirir un grado de fluidificación más alto en su periespíritu podrán, en una nueva encarnación, habitar en un mundo con condiciones mejores, pero allí estarán, entonces, en la escala de los seres más atrasados.

Mientras que aquellos que persistan en el error, sin arrepentimiento ni rectificación, estarán sometidos a una permanencia más prolongada en esas condiciones que son para él necesarias, como medio de expiación, sin entender con esta denominación, que se trata de un castigo, sino que su situación es la lógica consecuencia o efecto generado por sus actos, y que le servirá para entender sus imperfecciones.

En ocasiones, la humanidad recibe en diferentes épocas y lugares del planeta a seres que se destacan por el perfeccionamiento que han logrado en un largo camino de aprendizaje, y se convierten en líderes espirituales, quienes con amor, caridad y entrega se dedican a esclarecer el entendimiento de sus semejantes. Son seres que han superado las pruebas en múltiples vidas encarnadas, pero están dispuestos a regresar para cumplir esa misión, que significará un estímulo y empuje para los espíritus menos evolucionados, y un mérito para sí mismo, que lo elevará aún más. La pureza de esos espíritus se refleja en el perfeccionamiento moral de los seres en los que han encarnado; cambian el sentimiento egoísta por el fraternal y disminuyen en ellos las necesidades animales.

En su extraordinario libro "El problema del ser y del destino", el maestro León Denis dice al respecto:

"Toda vida noble y pura, toda misión superior es el resultado de un inmenso pasado de luchas, de caídas, de victorias enlazadas sobre sí mismo; el coronamiento de largos y pacientes trabajos, la acumulación de los frutos de la ciencia y la caridad recolectados uno a uno en el curso de las edades. Cada facultad brillante, cada virtud sólida ha necesitado existencias múltiples de labor oscura, de combates violentos entre el espíritu y la carne, la pasión y el deber".

Aunque también el espíritu puede permanecer estacionario, no prende, no mejora pero no retrocede. Lo que ya adquirió no lo pierde, lo conserva en su archivo de conocimientos, resguardado por el periespíritu, el cual tendrá las características que el espíritu con su trabajo logró darle.

En los mundos superiores la materia se hace menos densa; las necesidades físicas son menos toscas y groseras; los seres vivos no necesitan destruirse mutuamente para alimentarse; se desconocen las guerras, el odio y la discordia; se pierde el temor a la muerte física porque se la interpreta como una transformación necesaria para la evolución; el espíritu es más libre y sus percepciones se han ido perfeccionando hasta obtener algunas aún desconocidas para nosotros, por eso, lo que en nuestro estado debemos percibirlo a través de los sentidos físicos, el espíritu superior lo hace a través del pensamiento.

Relación del plano físico y el espiritual a través de la mediumnidad

Los seres encarnados y desencarnados no están aislados cada uno en su mundo, sino que se interrelacionan continuamente. Esto ha sucedido desde las eras más primitivas, pero la explicación de esos hechos varió según el grado de conocimiento que poseía cada cultura y dependió también, de otros intereses, muchas veces relacionados con el poder que las jerarquías deseaban ejercer sobre el común de los pueblos.

Allan Kardec estudió estos fenómenos profundamente y su obra "El libro de los médiums" sigue siendo todavía, un importante punto de referencia para entender los fenómenos que se producen durante estas comunicaciones.

La facultad que permite producirlos se llama mediumnidad y médium es el ser encarnado que recibe en menor o mayor grado la influencia del pensamiento de los seres desencarnados.

En estricta verdad, todos los seres humanos pueden ser médiums, porque su capacidad es una condición bio-psíquica natural, aunque algunos lo manifiestan con mayor evidencia. La facultad mediúmnica es uno de los atributos que el ser encarnado está en capacidad de desarrollar, y no debe ser considerada como un favor especial ni extraordinario, que algunos han merecido, sino como un don semejante a todas las otras potencias del espíritu. El ser humano las disfruta porque así es su naturaleza.

De la misma forma que el ser humano puede acrecentar su inteligencia con el trabajo, el estudio, la experimentación y la práctica, también puede adquirir la destreza de desarrollar otras facultades, entre ellas la mediúmnica.

Las diversas aptitudes de cada uno serán las más apropiadas para la obtención de distintos fenómenos, de ahí la variedad de los mismos, aunque la posibilidad de su desarrollo no depende de las cualidades morales o intelectuales del médium.

En esencia, la facultad depende de la posibilidad que tenga el periespíritu del encarnado de exteriorizarse o desligarse en algún grado del cuerpo físico, y así alcanzar un mayor grado de vibración, que pueda adaptarse al estado vibratorio del espíritu comunicante. Éste a su vez, logrará encontrar similitud vibracional entre su periespíritu y el del médium, de lo que se desprende que los espíritus que desean comunicarse hallan dificultad o facilidad para hacerlo, según la afinidad que logren.

Esta afinidad se rige por leyes de la física vibracional y el tenor de la vibración depende de la calidad moral, intelectual y de los sentimientos de ambos espíritus, el encarnado y el desencarnado.

Para muchos, la condición extraordinaria de un médium se mide por la capacidad de recibir rápida y frecuentemente, comunicaciones espirituales, cuando lo cierto es que la mejor aptitud es la que permite recibir sólo comunicaciones buenas y útiles, que alejan de los espíritus ligeros y mentirosos.

Frecuentemente, se confunde mediumnidad con Espiritismo. A los fenómenos mediúmnicos de toda naturaleza se les llama espiritistas, sin considerar que el espiritismo es la doctrina filosófica basada en la ciencia de observación que los explica, estableciendo también su orientación técnica y ética.

Sin embargo, se debe aceptar que Allan Kardec denominó fenómenos espiritistas a todas las comunicaciones mediúmnicas, sin hacer diferencia por la calidad de los espíritus comunicantes ni los mensajes recibidos.

La mediumnidad es una facultad generalizada que puede existir sin el conocimiento del Espiritismo; pero no tiene sentido este último sin mediumnidad puesto que ella representa su instrumento de experimentación y trabajo.

El desconocimiento y los escasos valores morales pueden llevar al ejercicio de la mediumnidad por diversión o con un interés lucrativo, directo o indirecto. Ignorando las leyes que rigen esas comunicaciones se pueden convertir en un peligro, que habitualmente conduce a los experimentadores a situaciones muchas veces dañinas y hasta dramáticas.

En el grupo espírita donde se estudia profundamente la mediumnidad es inadmisibles que las sesiones mediúmnicas sean efectuadas sin la seriedad y el respeto que toda reunión de trabajo merece. Los espíritus elevados moralmente, ricos en conocimientos y con sentimientos puros nunca se pondrán a disposición de aquellos que no observen esas condiciones.

Por otra parte, la superioridad moral es el ingrediente indispensable que permite tener ascendiente sobre los espíritus que persisten en sus errores y aún encontrándose en el plano espiritual continúan perturbando a encarnados y desencarnados, así como también permitir la orientación dirigida a los seres espirituales que sufren desconsoladamente en esa dimensión, como consecuencia de sus actos o de sus fracasos en encarnaciones anteriores.

Según se ha mencionado, durante la comunicación mediúmnica el espíritu, por medio de su periespíritu, entra en contacto por afinidad de vibraciones con el periespíritu del encarnado.

Éste puede encontrarse más o menos desligado del cuerpo físico y en consecuencia, el estado de conciencia del encarnado es variable. Si la separación es muy marcada, la entidad espiritual llega a dominar los centros nerviosos del médium, quien alcanza un trance profundo y total, lo que le permite servir de instrumento completamente pasivo para el accionar del espíritu en estado inconsciente.

Si el estado no es tan profundo, el médium está semiconsciente y participa parcialmente, de lo que está ocurriendo, porque no pierde totalmente el conocimiento. Luego, al finalizar el trance conserva un recuerdo incompleto de lo sucedido, como consecuencia de que lo recibido por su periespíritu no fue transmitido completamente a través de su cerebro físico. Frecuentemente, tiene ideas vagas sobre los temas tratados, aunque es incapaz de repetirlos con

exactitud. El médium logra esto cuando no pierde la conciencia, sino que se encuentra con su pensamiento concentrado y alejado del mundo exterior.

En estado conciente, el médium sabe lo que está ocurriendo, percibe que recibe pensamientos extraños a él mismo, su periespíritu no se ha desplazado de su organismo y al finalizar la comunicación recuerda detalladamente, todo el contenido del mensaje. Este es el estado de los intuitivos y los inspirados.

De acuerdo a estas condiciones se ha establecido que:

El médium inconciente conoce el mensaje después de salir del trance y sirve de instrumento casi totalmente pasivo.

El médium semiconsciente conoce el mensaje mientras es recibido y sirve de instrumento parcialmente pasivo.

El médium conciente conoce el mensaje antes de expresarlo y sirve de intérprete.

En todas estas condiciones, el espíritu encarnado no representa un instrumento totalmente pasivo, porque sus atributos sirven de base para la mejor recepción del mensaje. El espíritu encuentra mucha dificultad para expresarse si no halla en su médium los conocimientos apropiados. Así mismo, la disposición del médium es muy importante, ya que la crítica o una oposición obstinada pueden interrumpir la fluidez del mensaje.

Si bien se puede pensar que una mediumnidad inconciente es la que brinda menor margen de error en la comunicación, mayor certeza de que se trata de una entidad espiritual la que se expresa, no es menos cierto que la mediumnidad correctamente desarrollada se debe basar en el estudio y en el incremento de los potenciales psíquicos que conduzcan a una facultad conciente, en la cual el médium sirva de intérprete fiel de la transmisión del pensamiento del espíritu, evitando la subordinación total a la acción espiritual.

La energía de los espíritus con sus pensamientos, puede actuar sobre los médiums de diferentes maneras, dependiendo de muchos factores. Algunos, generalmente espíritus de orden vulgar, pueden producir **fenómenos físicos** sumamente variados, otros influyen provocando **fenómenos intelectuales** que son expresados de forma diversa. Por otra, parte, los médiums presentan mayor aptitud para unos y otros tipos de fenómenos.

En el caso de los fenómenos físicos, los médiums pueden ser **involuntarios o naturales** y ejercer su facultad con total desconocimiento de su parte, mientras los fenómenos se producen a su alrededor y no tienen conciencia de que ellos son quienes facilitan su producción. Otros son **facultativos**, conocen su posibilidad de provocarlos y lo hacen voluntariamente.

Allan Kardec hacía notar que la facultad de producir efectos materiales existe rara vez entre aquellos que tienen medios más perfectos de comunicación como la escritura o la palabra.

En la producción de los **fenómenos de efectos físicos** el espíritu utiliza una energía orgánica del médium que se exterioriza ejerciendo una acción sobre la materia. Esto produce variaciones percibidas con los sentidos físicos y han sido clasificados según los efectos que producen en:

Tiptología: Los objetos producen movimientos y golpes perfectamente audibles. Fue conocido con el nombre de mesas giratorias y parlantes. Más tarde se perfeccionó llamándose **alfabética** cuando se designaron las letras y los números por medio de determinada cantidad de golpes, pudiéndose obtener así palabras y frases completas.

Los ruidos se pueden producir también, dentro de la estructura de la mesa, sin producirse movimiento, a lo que se llamó **tiptología íntima**.

Semasiología: Es el lenguaje de los signos que el espíritu puede utilizar para expresar las características de su pensamiento; por ejemplo, una emoción o estado de ánimo, que si es violento se expresará con un golpe similar o si prevalece la suavidad y la simpatía lo hará con un signo adecuado.

Aportes: Se llaman a la aparición inexplicable de objetos, muchas veces extraños al lugar, otras, encerrados en espacios herméticos.

Materialización: Producida por la ideoplastia del espíritu que se recubre de una sustancia llamada **ectoplasma**, que permite hacerlo visible y tangible. La sustancia proviene del médium y se ha comprobado en el microscopio que está formada de tejido epitelial, leucocitos y grasa. Se exterioriza en estado sólido o semisólido emanando por los orificios naturales o por el plexo solar; y luego se reabsorbe total o parcialmente por la misma vía.

Las materializaciones se han comprobado con moldes de parafina obtenidos cuando el espíritu comunicante accede a introducir un miembro materializado en parafina licuada que al secar, forma un molde que luego se llena con yeso para obtener una reproducción perfecta. El doctor Gustavo Geley realizó, a principios del siglo XIX, múltiples experimentaciones, con las que obtuvo moldes tan perfectos que produjeron el asombro de especialistas y peritos.

Voz directa: Se produce por la acción del espíritu, quien utilizando la energía del médium permite la vibración del aire para provocar ondas sonoras percibidas por el oído humano. El fenómeno de las “voces electrónicas paranormales”, atribuidas a espíritus que las dejan grabadas en cintas magnetofónicas, podría explicarse por este mecanismo.

Escritura directa: El espíritu utiliza la energía del médium sin la ayuda de su mano, para escribir palabras en un papel o en una pizarra. En ocasiones, valiéndose de algún material de escritura, otras veces sin ningún elemento para ese fin, se ven como se forman progresivamente las letras. En algunas oportunidades, se han conseguido estas escrituras en papeles colocados en lugares cerrados.

Levitación: La acción del espíritu combinada con la energía del médium, produce la elevación de personas y objetos, desafiando la fuerza de gravedad. Algunos médiums famosos han sido vistos elevándose hasta el techo de manera natural, en muchas oportunidades.

Curativa: Los espíritus, valiéndose de la energía de médiums especialmente dotados, realizan maniobras o aportan una influencia energética que modifica la estructura molecular o vibratoria de una persona enferma, aliviando su dolencia. Los resultados varían desde los más sencillos hasta los que alcanzan una complejidad que sorprende por lo inexplicable.

En la producción de los **fenómenos de efectos intelectuales** predominan los aspectos inteligentes y la acción espiritual se ejerce influyendo sobre las vías nerviosas del médium, como también sobre las zonas del organismo afectadas para la comunicación: la vía nerviosa de la mano en el médium escribiente, el aparato de fonación en el parlante, etc.

Muchos científicos han estudiado el fenómeno mediúmnico buscando la explicación del proceso biológico y psíquico que se produce. Entre ellos, el doctor Jorge Andrea, psiquiatra brasileño, afirma que el proceso se produce sobre el trípode formado por el periespíritu, a través de los discos energéticos

(chakras), la glándula pineal y el sistema neurovegetativo. Por su parte, el neurólogo y neurocirujano de la misma nacionalidad, Rubor orlando Facure, basándose en nuevos métodos de exploración del sistema nervioso, ha encontrado el paralelismo entre las funciones que el mismo desempeña en el ser humano y las que ejerce bajo la influencia del espíritu comunicante.

La mediumnidad de **efectos intelectuales** se clasifica en:

Escribiente o psicografía: El espíritu comunicante actúa sobre la mano del médium, que escribe mecánicamente si es inconciente, o sintiendo el movimiento involuntario, si tiene algún grado de conciencia. Una variedad muy llamativa es la del médium dibujante o pintor quien, a veces, realiza trabajos que es incapaz de hacer si no está en trance mediúmnico.

Parlante: La entidad espiritual ejerce su influencia sobre el centro laríngeo del médium y éste habla involuntariamente, transmitiendo el mensaje ajeno.

Vidente: La influencia se proyecta hacia el disco energético frontal del médium, comúnmente llamado "tercer ojo". Dice, entonces, que lo ve, aunque se da cuenta que no lo hace con sus ojos orgánicos, ya que continúa percibiéndolo aunque los cierre.

Auditiva: El médium percibe la voz de los espíritus o ruidos provocados por ellos, pero nota la diferencia de audición a través del oído orgánico, pues en el trance mediúmnico lo "oye dentro del cerebro", según su propia expresión.

Intuitiva: En estado conciente o semiconsciente, el médium percibe las ideas que el espíritu le transmite, sirviéndole de intérprete, a veces utilizando sus propias palabras, otras como un verdadero dictado. Los que se sienten **inspirados** por pensamientos ajenos son médiums de una variedad intuitiva.

La facultad mediúmnica es una capacidad humana que se desarrollará cada vez más a medida que todos los atributos intelectuales vayan enriqueciéndose. Llegará el momento en que la comunicación por medio del pensamiento se hará naturalmente entre todos los seres evolucionados, y dejará de ser una excepción o una causa de asombro para muchos.

Para lograrlo debemos conocerla, estudiarla y ejercitarla. El trabajo metódico y la dedicación estarán apoyados por los espíritus, interesados también, en ejercitarla. La calidad de la comunicación depende de cada uno de nosotros, en el empeño que pongamos en superarnos y en merecer la colaboración de entidades superiores que deseen acercarse por afinidad.

León Denis aconsejaba en su libro "Después de la muerte":

"Los sentidos psíquicos, inactivos en el estado de vigilia en la mayor parte de los hombres, pueden, sin embargo, ser utilizados. Basta con ellos abstraerse de las cosas materiales, cerrar los sentidos físicos a todo ruido, a toda visión exterior y, por un esfuerzo de voluntad, interrogar ese sentido profundo en el cual se resumen todas nuestras facultades superiores al que llamamos sexto sentido. La intuición, la percepción espiritual. Por él entramos en contacto directo con el mundo de los espíritus, más fácilmente que por cualquier otro medio, porque este sentido es un atributo del alma, el fondo mismo de su naturaleza, y se encuentra fuera del alcance de los sentidos materiales, de los cuales difiere en absoluto.

Este sentido, el más bello de todos, ha sido hasta ahora desconocido por la ciencia, y he aquí porqué ésta ha permanecido en la ignorancia de todo cuanto se refiere al mundo invisible. Las reglas que ella aplica al mundo físico serán siempre insuficientes cuando se intente extenderlas al mundo de los espíritus.

Para penetrar en éste se necesita, ante todo, comprender que nosotros también somos espíritus, y que únicamente por los sentidos del espíritu podemos entrar en relación con el Universo Espiritual”.

El Espiritismo, ciencia experimental basada en la razón, ha explicado la vida, el origen y el destino de los seres encarnados como seres espirituales, la existencia de un mundo que no se limita a lo experimentado en el plano físico, la finalidad de un Universo en evolución en el cual todo se encadena y se relaciona; ha interpretado los fenómenos generados por una realidad que no se comprendía y ha permitido entender las diferencias en el progreso individual.

La ignorancia ha dejado paso al conocimiento; la superchería y el charlatanismo no tienen cabida en quien piensa racionalmente y entiende que nada es mágico ni sobrenatural, y que, en cambio, el Universo está regido por leyes absolutas y sabias que no pueden ser removidas o alteradas por un capricho o una concesión fortuita de un Dios que responda a pedidos ingenuos o interesados en bienes materiales e intrascendentes.

Esta visión de la realidad no permite la aceptación de los dogmas, aleja de la sumisión por la fe ciega y desecha la intolerancia a las ideas de cada uno, comprendiendo que el libre pensamiento es el instrumento que conduce al progreso.

Afirma Kardec: “El verdadero carácter del Espiritismo es el de una ciencia y no el de una religión”.

No es una religión o secta que viene a reemplazar a las existentes, todas profundamente respetadas porque son la expresión de los seres en su camino de evolución. Es la realidad universal que pertenece a todos, sin ningún distingo de razas y creencias.

El Espiritismo es una puerta abierta al saber. Es infinito el trabajo de investigación que tenemos por delante. Sólo alcanzamos la conciencia de que hay que emprenderlo. No está dicha la última palabra y tal vez, no lo esté nunca.

No debemos caer en la tentación de continuar con el orgullo de creer que ya lo sabemos todo, o lo suficiente. Nos espera el Universo para ser descifrado. Pero debemos comenzar por descifrnarnos a nosotros mismos. Los griegos antiguos aconsejaron sabiamente: “Conócete a ti mismo”

Cada uno de nosotros es la realidad elaborada individualmente durante un lapso tan prolongado que está fuera del tiempo. Cada ser es el resultado de una lucha incesante, a veces muy intensa, otras desfalleciente, pero siempre fructífera porque aportó la experiencia. Nadie tiene buena o mala suerte, todos tienen iguales oportunidades, sólo que algunos las aprovechan mejor que otros. Pero siempre se está a tiempo, siempre se puede recomenzar y continuar adelante.

El trabajo se inicia haciendo un proyecto. Exploremos nuestros más íntimos pensamientos, hurguemos en nuestros defectos, tengamos el valor de reconocerlos y la firme voluntad de rectificarlos. Tenemos todo el tiempo necesario, pero es mejor temprano que tarde, el camino será más corto y menos espinoso.

El Espiritismo es una doctrina esclarecedora, pero sobre todo esperanzadora. Como toda ciencia no es suficiente conocerla, sino ponerla en práctica, para que sea útil. Esto la convierte en una norma de **ética social** que induce a una transformación moral individual, de la familia y de toda la sociedad.

En 1.862, Allan Kardec reflexionaba en relación a la actitud que adoptaban los que se decían adeptos al Espiritismo y los clasificaba en:

1. Los que creen pura y simplemente en los fenómenos, pero que de ellos no deducen ninguna consecuencia moral.
2. Los que perciben el alcance moral de los mismos, mas no lo aplican con los demás ni con ellos mismos.
3. Los que aceptan personalmente todas las consecuencias de la doctrina y la ponen en práctica, s decir se esfuerzan por vivir su moral. Éstos son los espíritas practicantes o verdaderos espíritas.

A medida que los seres humanos progresen en su camino de perfeccionamiento, comprendiendo, aceptando y practicando los conceptos espiritistas, se irán desprendiendo de sus defectos y superando su estado de inferioridad. Será una humanidad transformada, en un mundo también evolucionado, donde desaparecerán las calamidades que la afligen hoy.

Todos los atributos del espíritu se habrán desarrollado plenamente. Sustentada por una **voluntad** firme y recia, la **inteligencia** habrá crecido, alcanzando la sabiduría, acompañada de sentimientos sintetizados en el **amor** absoluto por todo el Universo.

En su libro “El problema del Ser y del Destino”, León Denis concluye que los atributos del alma pueden ser sintetizados en tres palabras:

“QUERER, SABER Y AMAR”

El estudio del Espiritismo compromete a un cambio de actitud. Reflexionemos sobre la exhortación de Allan Kardec y esforcémonos para hacerla nuestra:

“De nada sirve creer en las manifestaciones del Espiritismo si no conformamos nuestra conducta a sus principios. El verdadero espiritista es aquel de quien se puede decir: “ES MEJOR HOY QUE AYER”.